

Plan de formación y búsqueda conjunta Comunidades Apostólicas 2006-2007

2ª etapa,
Soñar con realismo nuestro futuro

Algunas observaciones respecto a LA VIDA RELIGIOSA HOY.

Anthony F. McSweeney, SSS

1. Observaciones preliminares

Tengo que confesar que sentí cierta reserva cuando se me invitó a hablaros sobre la vida consagrada de hoy. No se debía a ninguna falta de aprecio por el modo de vida que todos nosotros compartimos, tampoco por falta de voluntad por mi parte en ayudaros en vuestra reflexión, sino sencillamente porque no estaba seguro de ser capaz de decir mucho que pudiera ser útil. A veces, uno tiene la impresión de que ya se ha dicho todo antes.

Sin embargo, cuando empecé a trabajar para preparar el texto descubrí que había, sin duda, algunas cosas que quería decir de una manera distinta. Por eso, para lo que pueda servir, aquí están algunas ideas que vuelven a mí bastante a menudo estos últimos meses. Os las ofrezco con la esperanza de que puedan ser útiles, al menos, como líneas sugerentes de reflexión en las que quizá no hayáis investigado antes de esta misma manera. Sobre todo, espero que puedan contribuir a la revitalización, tan deseada por todos, de nuestra existencia comprometida.

Supongo que podréis calificar, a lo que yo os pueda decir, de algo así como “lectura” del estado actual de la vida consagrada tal como yo la veo. Dejadme añadir, sin embargo, que no tengo una fórmula especial que ofreceros, ni un programa para proponer; lo que he escrito quizá esté mejor definido como un intento de formular una intuición, más bien esquiva pero insistente, que me ha perseguido algunos años sobre la mejor dirección a seguir hoy en día, para nosotros.

Al reflexionar sobre el tema he descubierto que, en el fondo de la mente, en mi memoria a floraba la parábola de Marcos acerca del granjero que, una vez que ha sembrado sus semillas, se va a acostar, se levanta de nuevo y va a sus tareas, confiando en el poder de la semilla para llegar a ser una planta. Parece que nos proporciona un contraste estimulante con los intentos sin fin que hemos hecho estos últimos cuarenta años, de encontrar un camino para renovar nuestras vidas, yendo inquietos de programa en programa, de taller en taller, de una conferencia o congreso al siguiente, confiando durante un tiempo, pero al final insatisfechos, sintiendo con desconcierto que, de alguna manera, no habíamos atinado en el blanco, que todavía no habíamos encontrado el camino verdadero.

Presentaré lo que voy a decir en tres secciones:

En la primera, intentaré decir sucintamente lo que pienso de cómo aparece el terreno de la vida consagrada en este momento de su historia.

En la segunda, ofreceré algunas sugerencias de cómo deberíamos aproximarnos e interpretar la situación, poniendo atención particular a algunos “demonios” que, me parece a mí, están aferrándose a nuestras vidas, seduciéndonos para ceder ante ciertas tentaciones paralizantes que han debilitado nuestra vitalidad.

En la tercera, intentaré enfocar dos temas importantes que, desde mi punto de vista, son de singular importancia para nosotros.

En pocas palabras, la primera concierne a la necesidad de vivir el drama de nuestro tiempo y no centrar demasiada atención en nuestros propios problemas internos, sino vivir este drama como una

búsqueda de Dios; mientras que la segunda busca centrar la atención en la primacía, hoy, de la dimensión de la “interioridad” especialmente en conexión con nuestros votos, una dimensión que yo creo ha estado muy descuidada durante los años recientes.

Lo primero de todo, contemplemos brevemente el panorama.

2. EL PANORAMA DE LA VIDA CONSAGRADA HOY

Después de una breve introducción tocada por las dificultades vinculadas a la interpretación del panorama presente, quiero hacer cuatro anotaciones:

Primera: nunca podemos perder de vista el horizonte en relación al cual todo lo demás encuentra su propio lugar; es decir, el hecho de que estamos viviendo, atravesando, una transición importante, un cambio real de época.

Segundo: el hecho sorprendente de que, a pesar de la crisis manifiesta de vocaciones y el declinar de la mayoría de los institutos, al menos en términos de cantidad y prestigio público, nuestro tiempo presente ha visto un gran número de nuevas fundaciones o intentos de renovar las más antiguas.

Tercero: es necesario prestar atención a un nuevo actor en la escena eclesial, en concreto a los movimientos de espiritualidad que han llegado a ser de especial importancia en las últimas décadas; ellos constituyen, de muchas modos, una alternativa a la vida religiosa que resulta atractiva para un número importante de personas y, al mismo tiempo, les propone a sí mismos como un apoyo para ella.

Finalmente, merece la pena echar una mirada a las complejas relaciones que subsisten entre estas varias realidades y tomar nota de la inversión de postura que se ha producido.

2.1. Dificultad de interpretación

La historia contemporánea es, para nosotros, notoriamente difícil de interpretar, por la sencilla razón de que estamos demasiado cercanos a ella. Aún no ha adquirido las líneas aparentemente claras de lo que leemos en los libros de historia, fruto de la selección y de las simplificaciones de los historiadores.

Un ejemplo de este fenómeno es la aparición de dos grandes corrientes del monacato como la de Benito en el occidente y de Basilio en el este. Su dominio más tarde puede conducirnos fácilmente a ignorar la realidad compleja y confusa de los primeros tiempos en los que se dieron gran cantidad de experimentos de dirección cenobítica o eremítica; se hicieron numerosos intentos de fundar comunidades, muchas de ellas de breve o poca duración. Hubo también desórdenes y abusos considerables, como podemos ver en el fenómeno tan extraño, por ejemplo, de las bandas de monjes maleantes luchando en nombre de facciones enfrentadas en disputas doctrinales, o los tristemente célebres monjes errantes yendo de un sitio a otro y viviendo, a veces, una vida disoluta. Olvidamos además que, las grandes órdenes mendicantes de la Edad Media, fueron los supervivientes de una intrincada malla de movimientos y tendencias, algunas de ellas violentas y revolucionarias, buscando generalmente volver a la pureza del evangelio y especialmente a la práctica, a veces impuesta, de la pobreza evangélica en una iglesia conducida por aristócratas adinerados y monasterios grandes y ricos, propietarios de tierras vastísimas y altamente lucrativas.

No podemos, desde luego, renunciar al intento de extraer algún sentido de los acontecimientos en los que nosotros mismos estamos profundamente inmersos. Por esa razón, es útil recordar en este tiempo que el pasado no fue menos complejo y confuso de lo que son nuestros propios momentos; no tuvo la falsa claridad que nuestros libros de historia le atribuyen.

Por ardua que sea la tarea, el instinto de encontrar algunos patrones o determinar la complejidad de lo que está teniendo lugar, es demasiado profundo dentro de nosotros para renunciar al esfuerzo de hacerlo. Al compartir, unos con otros, los diferentes modos en los que cada uno intenta encontrar el sentido de los acontecimientos en los que estamos tan vitalmente involucrados, esperamos que surja alguna clase de consenso. Una de estas áreas en la que es probable que encontremos un acuerdo básicamente amplio, me parece a mí, es la percepción de que estamos atravesando una transición excepcional, sin duda, un cambio de proporciones sin parangón. Esto, en cualquier caso, será mi marco de interpretación para todo lo que sigue.

2.2 Una transición de dimensiones excepcionales

Ningún otro grupo o categoría en la Iglesia ha invertido durante tantos años una cantidad comparable de tiempo, energía y recursos de toda clase (incluyendo el factor económico), en esfuerzos de renovación como el perteneciente a la vida consagrada. La situación resultante, sin embargo, es una desilusión honda y frustrante; ha experimentado una dificultad desconcertante para comprender e interpretar correctamente la vida consagrada.

El fracaso para producir los frutos esperados de nuestros esfuerzos de renovación: ¿es simplemente porque el proceso, siendo hondo y trascendente, debe necesariamente ser lento? Por un tiempo podríamos decir esto y que urge más paciencia; podríamos decir que el trabajo está en proceso y por ello no se puede presionar demasiado para obtener rápidamente resultados. Pero esta manera de verlo se está agotando, además una generación está desapareciendo y, para la mayor parte, sin reemplazo. ¿Es porque nosotros hemos fallado en algo? ¿Perdimos un turno, cogimos la dirección equivocada? ¿Tendremos que corregir la dirección de nuestro rumbo?

Esta pregunta ha llegado a ser imprescindible para todos nosotros y está en el fondo de lo que desarrollo a continuación.

Antes de continuar e intentar dar una respuesta, veamos si podemos hacer un esbozo del terreno tal como está en este momento.

En primer lugar, como algo obvio y evidente, nos encontramos con que la situación de la vida consagrada es bastante diferente de acuerdo con su emplazamiento geográfico y cultural: en expansión en África y Asia particularmente; en sostenido, y aparentemente ineludible, descenso en los países económicamente desarrollados de occidente.

Por otro lado, parece haber una corriente común en la estructura general, más marcada en las zonas de descenso, pero no menos presente en las de crecimiento continuado y de expansión.

Una diferencia más emerge cuando tomamos en consideración la categoría o tipo de instituto; nos damos cuenta en seguida de que la situación crítica no se experimenta con la misma intensidad por todos los sectores de la vida consagrada. En términos generales, podemos decir que las formas contemplativa y monástica parece que están sintiendo menos la crisis, quizá porque ellas representan uno de los grandes arquetipos de la sociedad humana que ha existido de una forma u otra antes del inicio del cristianismo. Esta situación crítica tiene un impacto mayor en las que conocemos como congregaciones apostólicas modernas, fundadas del siglo XVI en adelante pero especialmente numerosas en el siglo XIX, muchas de ellas nacidas como respuesta a situaciones históricas contingentes: la mayoría de éstas están centradas en trabajos específicos y urgentes en su momento, tales como el cuidado de la salud, la educación y la situación de necesidad grave (los pobres, los enfermos, los niños abandonados, ...). Son congregaciones generalmente derivadas de una espiritualidad, que se enmarcan bien en las grandes corrientes espirituales de tiempos anteriores, o bien sobre énfasis devocionales del momento de su fundación (tales como el Sagrado Corazón o algunos aspectos de la doctrina Mariana).

La crisis no ha perdonado tampoco a las grandes órdenes o institutos. En muchos lugares, los Dominicos y Franciscanos, o los Carmelitas y los Jesuitas, por mencionar unos pocos, se encuentran con muchos de los problemas que también sufren los numerosos institutos apostólicos modernos, especialmente porque parecen diferenciarse poco en la práctica; aunque a diferencia de estos últimos, los grupos anteriores acceden a unas fuentes espirituales de gran tradición, no parece que ello genere una diferencia decisiva.

Nuestra situación actual no carece de precedentes, aunque su magnitud es ciertamente mayor.

Una y otra vez hemos visto períodos de vitalidad espiritual y creatividad evangélica a los que seguían tiempos de declive, corrupción y mundanidad. Entonces surgían, como contraste, movimientos de reforma y un montón de nuevas fundaciones que abrían nuevos caminos de vida más comprometida. La mayor crisis de los últimos mil quinientos años fue sin duda la Reforma, y la vida consagrada estuvo profundamente implicada, como siempre, en ambos lados, tanto en el de la corrupción y decadencia como en el de reforma y renovación. La crisis de hoy, como he dicho, es probablemente más profunda todavía, si bien algo menos dramática en la forma.

Diciendo que la crisis presente es de proporciones excepcionales, quiero señalar que lo que está ocurriendo en nuestros días es el nacimiento doloroso de un orden nuevo, nada menos que la aparición de una clase de nueva civilización planetaria, la primera en la historia de la vida sobre la tierra. Como ha ocurrido tan a menudo antes, el impacto sobre la iglesia y dentro de ella, sobre la vida consagrada, es trascendente y profundo. Una época entera de la vida de la iglesia – la era Constantiniana – también termina y comienza una nueva. Lo que esto significará para la vida consagrada no estamos todavía en condiciones de saberlo.

Una curiosa, aunque paradójica, característica de este tiempo es que, a la vez que se dan innegables signos de crisis y decadencia manifiesta, hay una plétora de nuevas fundaciones de vida consagrada.

2.3 Intentos continuos de fundar o re-fundar

En los últimos quince años más o menos, ha habido una actividad fundacional efervescente. Numerosos intentos se han hecho o se están haciendo para establecer nuevos institutos o reformar los

antiguos. Estos últimos esfuerzos, generalmente, toman forma más bien de nuevas fundaciones que de corrientes reformistas dentro del viejo cuerpo, algunas de ellas de corta duración. Principalmente, proponen aspectos varios de los modelos tradicionales o recibidos, quizá nuevas configuraciones; en cualquier caso, la visibilidad principal tiene lugar en torno a cosas tales como el hábito o en prácticas devocionales o ascéticas más antiguas. La vitalidad de algunos de esos empeños se pueden atribuir en gran medida, a mi modo de ver, a dos factores:

Primero: estas nuevas fundaciones cobran energía de la presencia de una, de algún modo, carismática figura fundacional que vive aún; este factor, en mi opinión, es de gran importancia.

Segundo: al menos en algunos casos, se aprovechan de una cierta relación dialéctica con formas ya existentes, ya que frecuentemente deben su existencia a alguna de ellas. Se basan en el rechazo a las formas actuales a las que abierta o implícitamente acusan de estar condicionadas por el mundo y faltas de radicalismo; profesan un fuerte, explícito, y a veces polémico, apego al papado y hacen un llamamiento a un concepto bastante estrecho de “tradición”¹.

Todo esto ejerce poder o atractivo sobre cierto número de gente joven que siente alguna afinidad hacia estas formulaciones y al mismo tiempo la reacción en contra de otro sector, que los principales institutos de vida consagrada parecen ejemplificar.

Junto con este florecimiento de nuevas fundaciones, otra característica del panorama eclesial de hoy son dos necesidades nuevas y significativas que deben ser tomadas en consideración. Me refiero al aumento de diversos movimientos de espiritualidad que datan del inmediato periodo preconiliar y postconiliar.

2.4 Un nuevo actor: los movimientos de espiritualidad contemporáneos

La proliferación de movimientos de espiritualidad, en gran parte de inspiración laica, algunos de los cuales han conseguido hasta ahora proporciones mundiales, está teniendo un impacto creciente en la vida de la Iglesia contemporánea. Ellos representan, de muchas maneras, algo que verdaderamente es nuevo y que tiene un extraordinario atractivo, siendo capaces, en algunos casos, de alcanzar a amplios sectores de juventud. En muchos lugares, la mayoría de vocaciones religiosas o al sacerdocio proceden de tales movimientos.

Es su relación con las comunidades de vida religiosa lo que nos interesa aquí. En algunos de ellos ha habido un intento de incorporar nuevas formas de vida consagrada, que de hecho son un resurgimiento de ideales ya descubiertos en la Edad Media, es decir, el sueño de crear comunidades mixtas reflejando la variedad de carismas (celibato junto a matrimonio, laicos y ordenados). Lo que es de particular interés para nosotros ahora es el hecho de que encontramos un gran número de religiosos de institutos tradicionales entre sus miembros. Como resultado, tenemos el curioso fenómeno de una pertenencia dual, la cual provoca la cuestión de dónde se colocan, finalmente, las lealtades de los miembros religiosos; uno tiene la impresión de que, en algún sentido, en el fondo están con el movimiento.

Este fenómeno merece reflexión, dado que la espiritualidad del movimiento funciona de modo análogo al de la espiritualidad básica cristiana en relación a la vida religiosa de tiempos anteriores. Surge un problema en este punto puesto que la espiritualidad de los movimientos no puede ser identificada con la de la Iglesia en su totalidad; es demasiado particular, reflejando las intuiciones de un fundador pero también las limitaciones de cualquier carisma particular, rico sin embargo. El más o menos explícito reclamo que hacen los movimientos, es ofrecer un estilo de espiritualidad cristiana fundamental compatible con, y sin duda capaz de revitalizar, carismas más antiguos y diferentes. Esto necesariamente coloca a la espiritualidad de los institutos religiosos en una posición subordinada, en contra de todo lo que se afirma, y en la práctica vemos, en muchos casos, que el carisma religioso tiende a ser interpretado (y de ahí de algún modo modulado por no decir deformado) por la espiritualidad del movimiento.

Dicho esto, no debemos pararnos aquí, porque este hecho nos coloca ante una pregunta seria, especialmente desde que algunos de los religiosos que pertenecen a uno u otro movimiento están entre nuestros mejores. Evidentemente, ellos no han encontrado una espiritualidad evangélica suficientemente fuerte, o al menos, un camino en un ambiente favorable para vivirla en su propio instituto y han tenido que mirar en otra parte. Continuar con esta cuestión sería muy importante, pero nos llevaría demasiado lejos de este punto de nuestra reflexión. Volveremos más tarde sobre ello.

¹ El gran historiador de doctrina cristiana, Jaroslav Pelikan, recientemente fallecido, expresa la diferencia entre tradición y tradicionalismo de una manera muy precisa: “Tradición es la fe viva en los muertos; tradicionalismo es la fe muerta de los vivos”. *The Christian Tradition. A History of the Development of Doctrine*. Vol 1 The Emergence of the Catholic Tradition (100-600). Chicago & London: The University of Chicago Press, p. 9.

Tenemos que preguntarnos por qué los movimientos y las formas más nuevas de vida consagrada están teniendo un impacto mucho mayor, especialmente entre la juventud, que nuestros propios institutos. Luigi Guccini, un cualificado comentarista italiano sobre la vida religiosa, ha dado una pequeña respuesta cuando observa que ellos hablan de Jesús y del Evangelio con una llaneza y convicción que nosotros no siempre parece que tenemos, o al menos, somos capaces de mostrar. Este punto también necesita ser retomado más tarde.

2.5 Relaciones multifacéticas y cambio de posiciones

La escena de la vida religiosa en la iglesia de nuestro tiempo está, por consiguiente, cambiando. Es un diseño de líneas entrecruzadas por una complicada red de relaciones en las que descubrimos elementos de rivalidad, competitividad, y una inversión de la posición eclesial.

Los líderes de la Iglesia han prestado mucha atención a los nuevos movimientos y a ciertas nuevas fundaciones, aplaudiendo abiertamente su entusiasmo, vitalidad y éxito evidente. El entonces Cardenal Ratzinger escribiendo en 1998 vio en los movimientos un signo de la libertad del Espíritu; él siguió expresando su admiración por “la energía y entusiasmo con los que los nuevos movimientos eclesiales viven la fe y sienten la necesidad de compartir con otros la alegría de la fe recibida como un don”². Las mismas autoridades de la iglesia han sido, por otra parte, desfavorables e incluso abiertamente críticas con el cuerpo principal de los institutos representados por la USG/UISG³ y las Conferencias nacionales.

Esto ha traído un cambio de posición. Una vez admirados como elite de la Iglesia, nos encontramos, ahora, bastante obligados a ceder nuestro lugar de privilegio a otros. De cara a esta situación, hemos tendido a adoptar variedad de actitudes – a veces resentimiento, hostilidad, sentimiento herido de ser incomprendidos, descorazonamiento, oposición polémica, y otras aceptación humilde e incluso colaboración.

3. La tarea de la interpretación y la respuesta

Ya he mencionado la dificultad vinculada a cualquier esfuerzo por interpretar esta situación. Dedicemos por tanto un poco de tiempo intentando una aproximación a la tarea desde varios puntos de vista. Podemos empezar con el contexto.

3.1 La importancia del contexto

Si, como yo lo veo, la crisis de nuestro tiempo viene originada por el nacimiento de una nueva civilización (la primera civilización planetaria de la historia), todas las crisis particulares, es decir, todas las crisis que tienen lugar en cualquier sector específico, son parte de este mismo proceso más amplio. Sin duda, las crisis religiosas en la sociedad tienen normalmente una dimensión cuyas raíces están en otra parte. La causa originaria de una crisis religiosa o de Iglesia no es simplemente religiosa, sino que es la consecuencia de factores socioculturales. Al mismo tiempo, una crisis religiosa no puede ser reducida a tales factores, porque es la repercusión en la esfera religiosa de la existencia de disturbios en el equilibrio de áreas económicas, políticas, culturales u otras. Tales sucesos conducen a menudo a auténticas crisis espirituales. No es difícil encontrar ejemplos de este principio.

Una experiencia pre-cristiana: Gotama, el Iluminado

Podemos pensar en la experiencia de una de las grandes figuras de la Edad Axial, el príncipe Gotama que vivió en el norte de la India en el siglo sexto A.C., al tiempo del nacimiento de la nueva civilización Indica. Las transformaciones sociales y militares cambiaron la sociedad básicamente rural, cuando el surgimiento de las grandes ciudades y de una nueva clase comerciante desafiaron el tradicional poder del Rey y del Templo. Los reyes buscaron agrandar sus reinos haciéndose con los antiguos reinos más pequeños o “repúblicas” como eran conocidas, la tecnología de la nueva era del hierro cambió el modo de hacer las cosas, llevando a la tala de los bosques con lo que se conseguía más tierra disponible para la agricultura y el desarrollo económico cambió la vida de los habitantes. La ambiciosa y poderosa clase de comerciantes abrió rutas de comercio y en el nuevo clima cosmopolita se discutieron nuevas ideas.

La mezcla de la población amenazó el viejo sistema de castas y la tradición religiosa védica, con sus sacrificios de animales y sus arcaicos rituales, no pudo ya responder a las nuevas cuestiones y a la ansiedad generalizada de una nueva sociedad que estaba experimentando un cambio profundo.

² Responde a una cita de João Batista Libânio, SJ en su aportación al Congreso Mundial, Pasión por Cristo pasión por la humanidad. Actas del Congreso de la Vida Consagrada. Nairobi: Publicaciones Paulinas. África, p. 143.

³ USG: Unión de Superiores Generales. UISG: Unión Internacional de Superiores Generales

Monjes solitarios poblaban los bosques y numerosos adeptos acudían a ellos buscando respuestas a las incertidumbres de la vida. Gotama estaba entre ellos, habiendo abandonado su privilegiada existencia por la búsqueda de sentido y la paz de la mente. Siguiendo su espiritual avance, en el que llegó a ser Buda o “el iluminado”, dedicó su vida a guiar a otros a lo largo del “camino medio” que él había descubierto, dando lugar a uno de los grandes movimientos espirituales de todos los tiempos.

De la Era de la Reforma al Vaticano II

Otro ejemplo, al que ya he aludido, es la gran crisis religiosa de la Reforma. Detrás de este acontecimiento traumático estuvo el nacimiento del mundo moderno, con el surgir de las lenguas vernáculas, el principio de la ciencia, la recuperación de la cultura del mundo clásico de Grecia y Roma y la nueva consciencia con su acento sobre la conciencia y opción individual. Así como la antigua religión védica parecía incapaz de responder a los nuevos interrogantes en la India, la Iglesia tradicional y autoritaria de la Edad Media parecía no ser capaz ya de ir respondiendo a las aspiraciones de una nueva era.

La crisis precipitada por el Vaticano II tampoco es excepción. El historiador jesuita Stephen Schloesser, ha señalado recientemente la esterilidad de muchos de los debates intra-eclesiales acerca de los contenidos del Vaticano II, que no lograron tomar suficientemente en cuenta las presiones de los acontecimientos históricos que demandaban de la Iglesia un nuevo entendimiento de su misión y una revisión de su postura doctrinal. De cara a un mundo peligrosamente fragmentado y manteniéndose en expectativa en el clima de guerra fría que le condujo a su momento más dramático con la crisis cubana de los de misiles, cuando el mundo parecía al borde de una guerra nuclear, la Iglesia difícilmente pudo elegir girar hacia el interior y debatir sus discusiones intramurales, como los documentos preparatorios del Concilio urgían hacerlo; sintió que Dios le estaba llamando a decir una palabra, proponer un ideal y ofrecer un mensaje de esperanza a un mundo en peligro.

Del mismo modo, después de la experiencia de dos horribles sistemas totalitarios, aquellos del nazismo y el comunismo soviético, la Iglesia no pudo ya proclamar una doctrina de intolerancia religiosa o continuar siendo crítica y desconfiada con la democracia. Igualmente, en la estela del Holocausto y, a la luz de las tensiones entre árabes y judíos con la fundación del Estado de Israel, la Iglesia no pudo repetir de modo creíble los conceptos y el lenguaje de su hostilidad tradicional hacia los judíos o condenar otras religiones como parodias idólatras de la verdadera relación con Dios. De modo parecido, en el momento en que los movimientos de independencia fueron, con éxito, derrocando los poderes coloniales en todo el mundo y urgiendo el reconocimiento del valor de su identidad particular, la Iglesia apenas pudo continuar con la imposición, sobre todos los pueblos, de su herencia europea y su adhesión al lenguaje latino. Una vez más, si la crisis que produjo esta evolución fue sin duda una crisis espiritual, sus orígenes estaban en los grandes procesos de los cambios históricos que fueron alterando la configuración de la sociedad.

3.2. Necesidad de una nueva mentalidad

El dominio del átomo se situó con poder devastador y sin precedentes en las manos humanas, y los horrores de Hiroshima y Nagasaki nos mostraron una vez por todas, no solamente lo que la destrucción podría causar, sino también que los seres humanos podrían estar dispuestos a usar ese poder, abriendo así la posibilidad de que pudiéramos un día destruir la vida misma sobre el planeta. Albert Einstein, que pudo apreciar más que la mayoría lo que esto significaba, habló en nombre de muchos con una llamada a un cambio radical de mentalidad:

El poder desatado del átomo ha cambiado todas las cosas excepto nuestra manera de pensar. Por lo tanto, estamos yendo a la deriva hacia una catástrofe más allá de toda comparación. Necesitaremos una sustancialmente nueva manera de pensar si la especie humana quiere sobrevivir.

Podría parecer aquí, que el mayor reto para la humanidad hoy, es realizar un salto de consciencia, una nueva etapa en la evolución que es fundamentalmente la de la mente y sin duda una transformación espiritual de la consciencia.

A la luz de esto podemos, seguramente, sentir que los problemas particulares que nos acosan en la vida consagrada en esta época de transformación excepcional, simplemente no pueden ser entendidos en absoluto si no los situamos en el amplio movimiento de la historia. Las *formas* de gran parte de la vida religiosa, como lo sabemos, no corresponden ya a la nueva situación; está desapareciendo con el mundo y la Iglesia en los cuales vino a ser y se formó. Lo que ocupará su lugar lo podemos solamente conjeturar.

Si nosotros no logramos verlo así, seremos como Don Quijote luchando con los molinos de viento de nuestra fantasía, en vez de responder a los hechos reales de nuestra situación. Estamos llamados, también,

a desarrollar una nueva consciencia y esto significará para nosotros una especie de cambio de dirección si queremos responder al reto. Justamente lo que puede ser este cambio de dirección es nuestro problema, pero para cualquier cosa que hagamos, nos vendría bien guardar en la mente un dicho que he leído recientemente y que dice lo siguiente: “Esperar diferentes resultados mientras se continúa haciendo las mismas cosas de antes, es un signo de pérdida de contacto con la realidad”. ¡Una cálida advertencia sin duda!

¿Qué, tenemos que hacer entonces en este momento presente de dificultad si estamos de verdad en contacto con lo que ocurre hoy día, si estamos a la altura de los retos de nuestro tiempo?

3.3 “Siete demonios” que se han alojado en nuestro medio

Antes de intentar una respuesta a esta cuestión fundamental, puede ser útil prestar atención a factores que pueden cegarnos para ver lo que está delante de nuestros ojos o bloquear nuestros esfuerzos para responder. Estos consisten en actitudes equivocadas y formas de comportamiento que se pueden observar en nuestro medio en estos años. En la búsqueda para identificar los más fuertes, he encontrado hasta una lista de siete⁴. Esto me sugirió que puede ser un poco como María Magdalena, “fuera de quien -según Marcos- Jesús había echado siete demonios” (Mc. 16,9)

¿Cuáles, entonces, son estos demonios que han establecido su alojamiento en la casa de la vida consagrada hoy?

1) *Negación*

El atractivo de este primer demonio está en sugerirnos un tranquilizador y simple camino de evitar dar la cara a los retos reales de la vida consagrada hoy, es decir, la negación. Simplemente vamos adelante en el trabajo, rechazando el pensar en los temas clave, perdiéndonos en las tareas inmediatas que tenemos delante, mientras tratamos lo mejor posible de no pensar en cuestiones mayores.

Una variante de esta actitud es la creencia simplista de que “Dios no puede dejar morir este carisma, por lo tanto, algo aparecerá”. Esto no es fe sino fideísmo; es una ignorancia terca de los hechos de la historia. Incluso un conocimiento superficial de la historia de la vida religiosa, es suficiente para enseñarnos que la vasta mayoría de institutos religiosos fundados a través de los siglos ya no existen y que la edad media de un instituto religioso es de, más o menos, doscientos años.

2) *Culpax*

El segundo demonio es un consejero muy popular que ha conseguido mucho éxito. El sugiere una reacción a las dificultades presentes que, o echa leña a los fuegos de la culpa, o alimenta la auto-superioridad moral; consiste en encontrar alguien a quien culpar. Si no tenemos vocaciones o son muy pocas, entonces puede ser el castigo de Dios por nuestra infidelidad; si nosotros, o algunos otros, hubiéramos sido solamente más fieles, Dios podría habernos enviado vocaciones.

Una variación favorita de este tema, particularmente querida por ciertos líderes de la Iglesia, es demonizar alguna categoría de personas, la sociedad o los tiempos en general, o alguna clase particular de personas tales como la juventud. Como el propietario de un campo en el que se han sembrado malas hierbas, ellos están siempre dispuestos a exclamar: “Un enemigo lo ha hecho”.

3) *Resignación*

La especialidad del tercer demonio es el desaliento y la melancolía: ¿Por qué no podéis dejarnos en paz? Sale de nuevo la, también familiar, queja expresiva de una cansada resignación, una sensación de que todo está de más, una desesperación de ser incapaz de hacer algo que podría cambiar la situación. Tales religiosos parecen haber escogido prematuramente establecer residencia en sus ataúdes.

Como los otros, este demonio también ofrece una recompensa: es la exoneración de la responsabilidad y el esfuerzo.

4) *Ideología rígida*

El área de competencia del cuarto demonio es la ideología. El remueve una reacción común ante la presente situación, que se encuentra a los dos lados de la valla ideológica, es decir, la rígida adherencia a la rectitud de la posición de uno mismo, un apego que excluye la posibilidad de aprender. Un síntoma

⁴ En este punto me ha ayudado mucho una ponencia dada por el P. Jan Hulshof, Superior General de los Hermanos Maristas en mayo de 2006, en un encuentro de Provinciales de Europa y sus Consejos en La Neylière, Francia, en el cual formuló una lista similar.

generalizado es el menosprecio que “explica” el conservadurismo de mucha gente joven, especialmente de aquellos que ingresan en comunidades conservadoras o neo-tradicionales. Estos “jóvenes conservadores” son “buscadores de seguridad”. Detrás de esta minusvaloración, por considerarla como manifiesta inmadurez, hay un rechazo a permitir que se cuestione la voluntad propia. De esta manera se mantiene una posición de polarización.

En la segunda mitad del siglo pasado, en un periodo de mayor y rápido cambio, era difícil para los “malhumorados conservadores” recibir con agrado a los animados candidatos, entusiasmados por el nuevo espíritu del Vaticano II. Ahora, después de una generación o más tarde, son los “envejecidos liberales” los que no acogen a los candidatos que buscan un modo más radical de vida, a quienes ellos rechazan como neoconservadores buscando seguridad.

Curiosamente, los dos extremos se parecen uno a otro. Ambos rechazan aceptar a la gente joven como ellos son y no quieren, incluso, intentar comprenderlos; y ambos carecen de sentido crítico respecto de su propia postura, seguros de que tienen razón y resisten a todo cambio de su posición. En ambos casos, vemos religiosos “congelados”, por así decirlo, en una postura; bloqueados en una particular etapa de su proceso, que ellos erróneamente creen es “la verdad”. Lo triste es que, en general, ellos simplemente no pueden ver esto. Los candidatos se desaniman precisamente por el tipo de cosas contra las que su generación reacciona y ellos abandonan. Antes, era una clase de Iglesia rígidamente resistente hacia la historia y el cambio; en estos tiempos posteriores, es una identificación falta de crítica con la cultura corriente y las costumbres de la sociedad que arriesgan diluir cualquier signo de ser “en el mundo pero no del mundo”.

La invitación, pues, es la de aprender a recibir con agrado a la gente joven como ella es. Es una oferta para entrar en una dialéctica de mutuo intercambio e interacción entre generaciones que establecen preciosos espacios de posible conversión y transformación que concierne a todos.

En el clima un tanto iconoclastico de los años sesenta y setenta del siglo pasado, los jóvenes necesitaban apreciar el valor de la tradición, mientras los religiosos mayores tenían mucho que aprender sobre el valor del cambio por la vitalidad en curso.

En nuestros días, los jóvenes deben darse cuenta que mientras la recuperación de valores olvidados puede ser importante, responder a los retos actuales exige mucho más que la imitación del pasado. Los religiosos mayores, por otra parte, necesitan ver que la adaptación a la sociedad fue solamente un lado de la dialéctica; a no ser que vaya, mano a mano, con un real, incluso hondo, compromiso con las demandas radicales del evangelio, que ocasiona actitudes y formas observables de comportamiento dando primacía visible a la búsqueda de Dios y capaces de oponer un firme “no” a falsos valores de la sociedad porque la sal que pierde su sabor será inútil.

Tan saludable intercambio y mutua influencia solamente pueden tener lugar en un clima de aceptación positiva del otro y mutuo respeto, en el que ambas partes estén dispuestas a entablar un verdadero diálogo.

5) *Escapismo de acuerdos*

El quinto demonio es un carácter despreocupado que odia líneas claras de demarcación o cualquier postura decidida en la que el SI puede significar si y nada más que sí y el NO, no. Dejarme ilustrar el trabajo insidioso de este tentador con una historia.

Una mujer joven amiga mía, que había sido voluntaria en una congregación religiosa y es ahora responsable del ministerio pastoral en un colegio católico en California, me contó hace un par de semanas una visita que les habían hecho. Ellos habían empezado un nuevo proyecto en una zona pobre, estableciendo una escuela e iniciando varios servicios muy necesarios. Estaba impresionada con lo que estaban haciendo. Después de mostrarle los alrededores del barrio y ver los valiosos proyectos que habían iniciado, le invitaron a su casa para tomar un café. Mientras se desarrollaba el proyecto, le explicaron en el camino, fueron sintiendo que necesitaban una residencia permanente en la zona. Por eso pidieron a un rico benefactor, que había sido de gran ayuda en su trabajo, que les encontrara una casa conveniente. Al llegar, ella encontró que la casa en cuestión era espaciosa y atractiva, contaba con cinco habitaciones en total y con piscina. Los religiosos se habían trasladado allí y estaban disfrutando de los beneficios de sus nuevas circunstancias; me lo contó con suave ironía, como si no se diera cuenta de la incongruencia de la situación.

Este demonio es muy experto en cegarnos al contraste entre lo que profesamos y la manera en que vivimos. Hemos adoptado un estilo de vida moderadamente cómodo de la sociedad de clase media, no lujoso generalmente pero suficiente para nosotros ser capaces de disfrutar los beneficios de una razonablemente acomodada sociedad.

Esto no es en sí mismo un mal, pero pagamos un precio por ello. Ya que hemos llegado a no distinguirnos del resto de la sociedad; es difícil para cualquiera descubrir lo esencial en una vida religiosa así.

6) *Retirada a lo privado*

El sexto demonio sugiere otra forma de evasión, es decir, concentrarse exclusivamente en el propio trabajo, dejando que la congregación fracase si quiere. Esto no es lo mismo que la negación, en cuanto que los religiosos que han tomado este camino generalmente reconocen la situación crítica en la que nuestro modo de vida se encuentra, pero se han desligado, poniendo todo su interés y energías en su propio trabajo o profesión. En un sentido, han dejado el instituto mientras continúan viviendo dentro de él.

7) *Voluntarismo*

El séptimo demonio es un compañero franco y enérgico. Su tentación preferida es lo que podríamos llamar, en el sentido francés del término, *voluntarismo*, por lo que quiere decir de activismo de la voluntad. Significa dar prioridad a la decisión y a la acción sobre la interioridad y la reflexión.

La inquietud por la re-fundación puede tomar este giro, cuando nosotros asumimos que lo que cambiaría la situación es un asunto de planificación más acertada y acción más efectiva por nuestra parte. En sí misma la idea de re-fundación es valiosa en muchos aspectos, pero puede ocultar una trampa. No podemos simplemente decidir re-fundar; la fundación fue y permanece como don de Dios, algo que surge de una intervención del Espíritu. Esto no es algo que nosotros podemos re-crear con nuestro propio poder, ni podemos ordenarlo. Todo lo que podemos hacer, me parece a mí, es buscar re-vivir la experiencia fundante en nuestra oración, en nuestros corazones, en nuestro estilo de vida sin perder de vista nunca la verdad de que el poder no es nuestro.

Esta tentación es sencillamente una variante de la bien conocida falacia de “hay que hacer mayor esfuerzo”. El problema puede ser solucionado siempre que hagamos un esfuerzo mayor. Olvidamos a nuestra costa que somos meramente actores en la historia, actores y no sus señores.

4. Dos consideraciones respecto a la respuesta exigida

Ya que buscamos orientarnos a nosotros mismos en este punto de nuestro camino, podemos tomar una primera serie de orientaciones de un singular evento que tuvo lugar en 2004. Me refiero al *Congreso Mundial sobre la Vida Consagrada* celebrado en Roma del 23 al 27 de noviembre de ese año.

4.1 El Congreso Mundial sobre la Vida Consagrada, Nov. 2004

Un acontecimiento notable

No hay duda de que el Congreso Mundial de 2004 fue, bajo cualquier indicador, un acontecimiento excepcional. Reunió en total 847 personas, la mayoría de las cuales eran superiores generales, siendo el resto teólogos, editores de revistas especializadas y otras personas cualificadas. Los participantes, por tanto, eran personas que podían hablar con alguna autoridad en lo concerniente a la vida consagrada.

Se preparó un excelente documento de trabajo que consiguió provocar el interés y promover la implicación. El impacto del documento se vio favorecido por la elección de dos de los iconos gemelos que llegaron a ser símbolo inolvidable del acontecimiento: la mujer Samaritana y el Buen Samaritano, junto al evocativo título: *Pasión por Cristo, Pasión por la Humanidad*. Esta elección fue un, singularmente acertado, acto de creativa imaginación, porque combinó dimensiones no siempre fáciles de mantener unidas, por ejemplo, aquella de la dedicación a Dios y Cristo y el servicio a la humanidad, así como la de la igualdad entre la mujer y el hombre. Los dos iconos elegidos eran densos en significado, ambos capaces de una enorme potencia generalizada y, de modo interesante, ambos evocaban la figura de “el Otro”, el forastero.

El evento fue prácticamente para todos nosotros, hasta lo que uno puede recoger de las evaluaciones y comentarios hechos después, una experiencia de gozo, de dolor, y de ánimo mutuo. Sentimos a una con tantos otros un amor apasionado por la vida consagrada que compartíamos, lo que hizo de las reales diferencias entre nosotros asunto muy secundario. Hubo riqueza de intercambio y reflexión y a veces un compartir de singular hondura. Fue también único, para mí, en ser prácticamente el único acontecimiento eclesial en el cual yo he participado, donde prácticamente vivimos de principio a fin la igualdad entre mujeres y hombres.

Sentimos también el dolor de vivir en una Iglesia cuyos altos directivos, a veces, muestran poca simpatía por lo que estamos intentando hacer, un hecho que tuvo dramática expresión en la cancelación de la

audiencia Papal con los superiores de la mayoría de las congregaciones del mundo, de hombres y mujeres, lo que nos pareció a muchos de nosotros un pretexto diplomático, precisamente durante la semana en la que Juan Pablo II había concedido una audiencia a los miembros de los Legionarios de Cristo en la puramente personal ocasión del 60º aniversario de la ordenación sacerdotal del Fundador.

Se nos hizo claro en el tiempo previo al Congreso que los Cardenales influyentes de la Curia no eran favorables a la iniciativa en sí misma y al estilo de su celebración. Una persona altamente situada en el Vaticano puso objeciones al título *Pasión por Cristo Pasión por la Humanidad*, sugiriendo que se podría haber dicho “Pasión por Cristo y Pasión por las almas!”.

Otro motivo de dolor compartido fue la conciencia generalizada de nuestra impotencia para ocasionar un cambio significativo en la situación de nuestros institutos. Por otra parte, hubo momentos en que resonábamos con el intenso idealismo que emergía a la superficie, especialmente por ejemplo, en cuanto a las grandes opciones por la humanidad que muchos compartían y en que creían apasionadamente, incluso si (como veremos) las opciones en ellas mismas y en el modo en que emergieron durante el Congreso, plantearon una seria cuestión para algunos.

Evaluación y crítica

Verdadero como fue todo esto, no careció de una reflexión crítica en la estela del acontecimiento, y eso en sí mismo es un signo saludable. Ninguna aventura de esta clase es siempre perfecta y siempre es importante para nosotros identificar elementos que no se lograron y así aprender de lo que hemos experimentado. Podemos resumir algunas de las principales observaciones críticas como sigue.

Varios de los teólogos fueron críticos con el método, similar al que a menudo usamos en los Capítulos. Ciertamente no era un método de búsqueda intelectual sino uno más adaptado para la toma de decisiones prácticas y para trazar líneas de acción; en ese sentido, quizá, podríamos haber intentado emplear algún método diferente, pero no es fácil ver cuál. Como suele ocurrir, los críticos no se acercaron con un método alternativo para proponernos. Eso no invalida la crítica sino que, sencillamente, señala sus límites.

Algunos llamaron la atención sobre el hecho de que la reunión no era tan universal como habíamos proclamado. Hubo algunas ausencias obvias, especialmente de los institutos más conservadores favorecidos en ese momento por la Santa Sede. Nosotros fallamos en el reconocimiento de ese “cisma” en la vida consagrada en el tiempo presente, hecho visible en ciertos países por organizaciones paralelas de superiores mayores. El diálogo en este campo parece particularmente difícil y el hecho podría, quizá, haber sido abiertamente reconocido.

Otra crítica indicó que, a pesar de los significativos esfuerzos para ser inclusiva, la participación era todavía fuertemente “occidental”, esto es, Europea y Norteamericana. Mientras que América Latina estaba significativamente representada, Asia y África estaban, ciertamente, poco representadas. Eso es debido, desde luego, a la escasez de una adecuada proporción de religiosos de estas zonas con cargos de responsabilidad en nuestros institutos.

Algunos observaron que, siendo espléndida fuente de estímulo la elección de los dos iconos, estaba limitada, de modo que su mensaje no era exhaustivo; ellos no lo hacían o no podían decir todo sobre la vida consagrada. Se propusieron otros iconos, tales como el del episodio de Emaús, no tanto como sustitutos de estos dos sino como complementarios que podrían añadir acentos significativos.

El fallo de no hacer ninguna referencia a los sacramentos en la vida consagrada, y especialmente al de la Eucaristía, fue también punto de algunas críticas. Aquí, como siempre, la Eucaristía es como un pararrayos, polarizando los problemas y tensiones del cuerpo de la Iglesia. En este caso, sentimos las tensiones alrededor de la exclusiva ordenación de hombres, la cual pasa a través del corazón de la vida consagrada.

La concelebración tiende, particularmente, a hacer visible de un modo espacial y ritual una marcada separación, no solamente entre los elementos clerical y laical, sino también entre mujeres y hombres. Este énfasis en la diferencia parecía de lo más inadecuado precisamente en el momento supremo, el punto alto de celebrar sacramentalmente nuestra unidad, especialmente desde que la vida consagrada no pertenece ni al laico ni al estado clerical. No es una alternativa del estado clerical, sino más bien tendría que visualizar la vida de la Iglesia y la santidad que incluye su esencial naturaleza de hermandad y fraternidad. Fue significativo que el único que intervino con esta cuestión sobre la Eucaristía explícitamente era el Prefecto de la Congregación Vaticana para la vida consagrada.

Se hizo notar que a la dimensión contemplativa de la vida consagrada no parecía haberse dado mucho espacio y que, curiosamente, el celibato consagrado había pasado en gran parte en silencio. Todo esto

parecía sugerir que había una débil presencia y percepción del corazón interno de la existencia consagrada, su dimensión de misterio, de trascendencia, no adecuadamente compensada por la referencia más frecuente a la oración y el discernimiento. Una crítica sugirió que esta limitación apareció a la luz en el desarrollo dinámico del encuentro en el sentido que, en su visión, tendía a perder su intenso enfoque cristológico de los primeros días ya que procedía formular una respuesta a los grandes retos de la historia contemporánea. Esta respuesta, él creía, no fluyó desde los dos primeros días sino se trasladó a otro plano y al final no se logró.

No es mi intención aquí seguir una reflexión sobre el Congreso, sino más bien utilizar algunos de los elementos que emergen de más arriba. ¿Qué podemos aprender sobre el reto del momento presente de esta notable experiencia en toda su riqueza y sus límites?

4.2 Un desvío debido a una tendencia inconsciente

De las críticas aludidas más arriba me golpeó una en particular como especialmente penetrante. El autor fue Luigi Guccini, durante largo tiempo editor de *Testimonio*, una revista muy apreciada dedicada a la vida religiosa; tuve ocasión, antes, de citar su artículo en estas páginas.

El sentía que el poder dinámico derivado de la exploración contemplativa de los iconos en los dos primeros días del Congreso, de alguna manera se debilitaron, ya que el trabajo se movía hacia delante a una fase operativa; el intenso enfoque cristocéntrico se perdió y nos trasladamos hacia otro registro, bajo la suposición de que nuestra tarea era ofrecer una respuesta a los problemas del mundo más bien que descubrir un camino para hacerle conocer a Cristo como la fuente última de sentido y de energía creativa en la búsqueda de lo que es bueno.

En vez de mirar las cuestiones del mundo contemporáneo desde dentro del espacio de nuestra unión con Cristo, de algún modo, dejamos a Cristo detrás y nos volvimos hacia el mundo y procedimos a abordar los problemas solos, y ellos volvieron, como siempre, a ser demasiado grandes para nosotros. Guccini señaló que fallamos en ese punto al preguntarnos a nosotros mismos con suficiente hondura qué era precisamente lo que teníamos que ofrecer; fallamos en ir a las raíces, a Cristo Jesús y el Evangelio. No es nuestra tarea mostrar al mundo cómo solucionar sus problemas, argüía, sino proclamar a Jesucristo y su Evangelio como la fuente de poder con el cual afrontar estos problemas⁵.

La crítica de Guccini es un reto desafiante; su mérito es que tienda a ir a las raíces. El siguiente párrafo contiene la esencia de su punto de vista:

Los dos primeros días iniciaron un buen comienzo con fuerte referencia hecha al significado teológico y espiritual de la consagración. Fue la perspectiva correcta que podíamos y debíamos haber conservado todo junto de un modo orgánico. Pero luego – y me refiero a toda la experiencia – la tendencia de siempre comenzó; uno acepta y conoce que todas las cosas empiezan desde Cristo y todo está puesto en juego por él, pero luego, tomando esto como un hecho, la atención se desplaza a otro lugar, en lo que viene después y representa – o así continúa uno pensando – “la clave verdaderamente importante: *cómo responder a los desafíos que la sociedad nos pone delante hoy*”

Después de un comienzo muy prometedor, en otras palabras, luego lo perdimos, produciendo al final una lista de opciones que, la mayoría de nosotros, ya la sabemos de corazón de todos modos y que podríamos haber escrito antes de que comenzara el Congreso. A mediados del Congreso algo faltaba, es decir, se había de alguna manera perdido un contacto vital con Cristo, con Dios. Luego, por una suerte de tendencia o reflejo nos movimos a otro nivel, de hecho, a la esfera de las ideas.

Si Guccini tiene razón, necesitamos enfocar nuestra atención a lo que él ve como la fractura entre el diálogo con Cristo (primeros dos días) y el movimiento para confrontar la realidad de los problemas y retos contemporáneos; este es el lugar donde debemos pararnos y reflexionar. El tema hoy, él piensa, es más de mentalidad que de conducta. El arguye que los religiosos no se necesitan para mostrar al mundo cómo solucionar sus problemas sino *para señalar la fuente* de los valores y el poder para afrontar esos problemas. Nuestra tarea, sostiene él, es mostrar que Jesucristo y el legado espiritual de la Iglesia son la respuesta.

Quizá... lo que nosotros tenemos que decidir hacer en seguida, es dejar a otros lo que pertenece a otros, y aceptar – precisamente en la sociedad secularizada y post-moderna de hoy – *el desafío más difícil*: el que se refiere al último significado, *el desafío religioso*.”

⁵ Le pareció que la aportación de Sandra Schneider sobre el futuro de la vida religiosa es emblemática al respecto: “ignorando la única cosa que podía dar garantía a ese futuro: la dimensión teológica y espiritual”.

Esta crítica dirige nuestro pensamiento a una importante, quizá *la* importante y central tarea. A la luz de esta intuición central, deseo proponer dos temas para vuestra consideración ya que reflexionáis sobre el estado presente de la Compañía de María y su Misión en el mundo de nuestro tiempo.

El primer punto se refiere a la necesidad de enfocar *las grandes preguntas para la humanidad*, los grandes movimientos de nuestro tiempo; nuestra misión, sugeriré, es vivir el drama de nuestro tiempo, pero vivirlo como una búsqueda de Dios. El segundo punto puede parecer cambiar a un polo opuesto, ese de *la interioridad de la persona*. Si Einstein está en lo cierto, como creo que está, el cambio verdaderamente vital que se necesita es, sobre todo, un cambio en nuestro pensamiento; es un cambio de actitud, de mentalidad. El único lugar donde tal cambio puede tener lugar, además, es la interioridad de las personas. He elegido destacar este punto no solamente porque es importante en sí mismo, sino también porque es, así lo creo, un área a la cual hemos prestado demasiada poca atención en nuestros esfuerzos para promover renovación.

Aunque los dos puntos que quiero tocar pueden parecer, a primera vista, ser polos opuestos, no tardaremos en ver que a un nivel más hondo, están en realidad profundamente conectados. Perder proporción dedicando demasiado de nuestras energías a cuestiones internas de métodos, normas, estructuras, talleres sin fin y sesiones de estudio, sería no estar al tanto del gran reto espiritual de nuestro tiempo. Al mismo tiempo, si tenemos miedo de entrar dentro, de intentar un trabajo interior de permitir a Dios reestructurar nuestra consciencia, lo que tenemos para ofrecer reflejará el problema más bien que su solución. Lo hará en tanto en cuanto derive de la consciencia inadecuada anterior que los tiempos nos están llamando a superar.

4.3. Vivir el verdadero drama de nuestros tiempos

A. Un cambio de consciencia

Entre 1956 y 1958 la Curia General de mi Congregación publicó un estudio de la espiritualidad del instituto junto con un comentario, de tres volúmenes, sobre las constituciones de nuestro Fundador. En las, alrededor de mil páginas de esos volúmenes, no encontramos referencia en absoluto a la vida ordinaria en el mundo. Nunca se hace mención de la vida humana de todos los días, el matrimonio, la familia y los hijos, tampoco del trabajo y su atención, preocupaciones e incumbencias. Los gozos y las penas normales, las esperanzas y miedos de la existencia humana parecen lejos de estas páginas; tampoco el mundo de la política y la economía dejan ningún trazo en ellas. Un poco después de una década de la guerra más terrible en la historia y de los terribles horrores del Holocausto, nosotros no encontramos la más mínima pista de los acontecimientos de la historia humana, solamente los pequeños sucesos intra-eclesiales que directamente concernían a nuestra congregación. Aunque recientemente habíamos fundado comunidades en África, no había alusión, en estas páginas, a las contemporáneas luchas de independencia que estaban empezando en las antiguas colonias en aquel tiempo, tampoco pudimos saber, desde este estudio, que una peligrosa guerra fría estaba latente en un nivel planetario. Ni el anhelo por la paz, ni la lucha contra la injusticia y la opresión mereció una mención en este mundo enrarecido, sumamente espiritual.

Esa es la clase de mundo, mentalmente estrecho, de donde la vida religiosa procede.

Si es verdad, como yo estoy proponiendo aquí en la estela de Einstein y otros, que el verdadero drama de nuestro tiempo implica el desafío de vivir una transformación de la consciencia, esto significará, seguramente, experimentar en nuestro mundo pequeño y local el gran dolor y la lucha de nuestra época. Supondrá compartir con nuestros contemporáneos el esfuerzo por comprender lo que nos está sucediendo, y aprender a declararnos, explícitamente, en el lado bueno en la lucha contra los males masivos que amenazan nuestro mundo.

La vida religiosa tendrá sentido en la medida en que los religiosos vivan las centrales preocupaciones humanas de la época, siempre que ellos las vivan como *una búsqueda de Dios*.

El peligro mayor es que, de la carencia de fuentes espirituales, accedamos nosotros mismos a ser seducidos en la vivencia del pequeño mundo de nuestros inmediatos intereses y satisfacciones, de nuestras mentes y nuestro pensar determinados por el modelo individualista y subjetivo de la dominante cultura post moderna. Es demasiado fácil quedar adormecido en la pereza espiritual o el acuerdo con una superficial manera de pensar y que busca la comodidad, optar por la pasividad, preocupados por la satisfacción de nuestras propias necesidades, cediendo a actitudes consumistas, y dando indebida importancia a los, al final triviales, aspectos de la vida social. Demasiado a menudo vivimos en el horizonte de lo inmediato y estamos satisfechos de disfrutar los gratificantes beneficios de una sociedad opulenta: vacaciones, viajes, ropa, estilo de vida, intereses, etc. Al final, nuestra presencia es difícilmente distinguible en la masa, ya que en todos los sentidos hemos llegado a ser *“justo como uno más”*. Nosotros estamos no solamente *en* el mundo, somos también, demasiado a menudo, *del* mundo.

Lo que es más necesario en nuestro tiempo son testigos espirituales, como el Presidente Khatami de Irán dijo tan explícitamente hablando de Juan Pablo II cuando estuvo en Roma para su funeral. Aunque vivimos las tareas ordinarias de nuestra vida diaria, enseñando, trabajando con los pobres, erigiendo comunidades, lo que importa es *la consciencia con la que lo hacemos*. Incluso separados del mundo en un monasterio contemplativo, la verdadera persona espiritual es alguien, de alguna manera, a tono con las vibraciones más hondas de la época, como muestra un notable texto de Thomas Merton. Ya en el año 1950 Merton escribió las extraordinariamente proféticas palabras:

Estamos viviendo en la revolución más grande de la historia, una enorme, espontánea agitación de toda la raza humana. No una revolución planeada y llevada a cabo por algún partido particular, raza o nación, sino una profunda ebullición de todas las contradicciones internas que han estado siempre en la gente, una revolución de las fuerzas caóticas dentro de cada uno. Esto no es algo que hayamos elegido, ni es algo que seamos libres de evitar.

Volviendo a nuestros ejemplos anteriores, Gotama buscó una solución más profunda a la angustia de sus cambiantes momentos, y por perseguir con coraje su búsqueda hasta sus últimas consecuencias, dejó al mundo una herencia espiritual de inestimable valor. Precisamente lo que su enseñanza pudo significar para una sociedad entera, llegó a ser evidente en la extraordinaria carrera del gran emperador de la India Ashoka, quien desde el 273 AC al 232 AC gobernó el Imperio Maurya, el cual incluía la mayoría del sub-continente de la India incluso más allá de sus confines de hoy. Después de un sangriento comienzo, en el que él aseguró su poder con guerras y masacres, Ashoka abrazó la enseñanza Budista de la no-violencia y promovió amplia tolerancia y respeto universal, mientras perseguía principios socialmente ilustrados.

De modo similar, las vidas de los santos que vivieron en periodos de grandes crisis, de las que hemos hablado anteriormente, nos demuestran un patrón análogo de búsqueda del último significado de lo que estaba ocurriendo en sus sociedades, a modo de una apasionada búsqueda de Dios en Cristo. Aunque ellos a menudo rendían un gran servicio, son recordados, sobre todo, por su contribución espiritual. El que ellos fueran capaces de traducir el lenguaje de Dios en el idioma de su cultura, abriendo de esta manera nuevos caminos para que la gente encontrara a Dios en sus vidas, solamente fue posible porque se permitieron a sí mismos ser vulnerables en sus corazones al abandono del Dios de su tiempo. Si ellos, como Jesús, llegaron a ver los campos ya preparados para la cosecha (Jn. 4, 35) fue porque habían, también, derramado lágrimas amargas con él sobre otra Jerusalén que “no quería” ser reunida, (Mat. 23,37; Lc. 13, 31-35)

Si es verdad, como dice Guccini, que “la gente se dirige a nosotros por los servicios, y mira a otra parte para buscar el sentido de la vida”, ¿no será que se nos está diciendo algo crucial para una comprensión de nuestra situación en el momento presente? ¿No puede ser que con las mejores intenciones nos hayamos dado, en un sentido, a nosotros mismos una nueva definición de misión, más que entrar en las zonas más hondas de la experiencia de nuestro tiempo donde, en la oscuridad y el desconocimiento, Dios puede hacer brotar una misión tal en nuestros propios corazones? ¿El renacer de la vida consagrada puede realizarse de otro modo?

B) Los contornos de nuestra tarea histórica

La nueva consciencia puede suceder de muchas maneras. Lo primero de todo, es que depende del foco de nuestra atención. Nos invita a resistir las alienantes distracciones de la sociedad de consumo y prestar nuestra atención a las luchas, las aspiraciones y los sufrimientos de nuestras gentes. Nos llama, también, a un esfuerzo de imaginación y a la búsqueda de un lenguaje inteligible.

Necesitamos palabras más convincentes, palabras que puedan expresar el empeño por la unidad tan típica de nuestro tiempo, contrastada como está por todas las tensiones de resistencia y reacción que podrían fragmentar la especie humana convirtiéndola en una masa de grupos mutuamente hostiles. Necesitamos palabras que puedan ayudar a la gente a sentir el todo que es mayor que cualquiera de nosotros, que permita a la gente vislumbrar el objetivo al que todo tiende. Un icono decisivo para nosotros podría ser, quizá, la foto de nuestro planeta como fue vista, por primera vez en la historia, desde fuera de la tierra, desde el espacio exterior.

Las grandes corrientes que se mueven a través de nuestra historia deben encontrar unidad y coherencia en nuestra fracturada consciencia que está luchando para hacerse un todo. Si la revolución de las comunicaciones ha hecho de nuestro mundo una aldea global, está, al mismo tiempo, bombardeando nuestras mentes con una infinidad de pulverizados bytes visuales y sonoros que podrían astillarlas en un millar de caminos desconcertantes. Por una parte, las dimensiones macroscópicas del universo en toda su amplitud e inmensidad están siendo desplegadas ante nuestra mirada asombrada mientras, por la otra, la infinidad microscópica del mundo sub-atómico está revelando vertiginosamente sus secretos.

La visión sobre nosotros mismos está asimismo experimentando mayores cambios, ya que llegamos a ser conscientes de nuestra implicación en el cosmos, del hecho de que somos polvo de estrellas en cada átomo de nuestros cuerpos. Estamos siendo desafiados, también, a reintegrar mucho de lo que ha sido olvidado o reprimido en generaciones anteriores: el cuerpo, la sexualidad, los sentimientos, y lo femenino.

Una nueva sociedad está luchando por nacer, buscando nuevas fundaciones en la igualdad entre los sexos y el respeto por cada persona, cualquiera que sea su raza o color o cultura. Esto está apresurándose por los mayores flujos migratorios de toda la historia, mezclando las razas como nunca anteriormente y urgiendo el respeto por las diferencias y la liberación de los prejuicios. Las condiciones de trabajo, la política y la vida social están experimentando un cambio sin precedentes, igual que la lucha de los pueblos hacia una ansiada mayor democracia, para llegar a ser sujetos de su propia historia. Por primera vez en la historia, el gran mundo de las religiones también está entrando en diálogo, a pesar de la violencia reaccionaria de las variadas formas de fundamentalismo.

Estos grandes movimientos de nuestro tiempo ¿nos entran dentro y configuran nuestra consciencia?

¿Dónde nos situamos también en todo esto: con las víctimas, con los excluidos, con aquellos que no cuentan; o con la privilegiada minoría que disfruta de los beneficios del avance económico y su ventajoso predominio sobre la masa de la especie humana? Es interesante que, incluso dentro de la corriente dominante de la economía capitalista, haya signos de una nueva preocupación por la parte inferior de la pirámide. Dos símbolos de este cambio pueden ser, primero, la decisión del fundador de Microsoft, Bill Gates, de dedicar el resto de su vida a trabajar por los desfavorecidos y, segundo, la aparición de notables nuevas iniciativas comerciales que han sido concebidas y se han llevado a cabo, en condiciones de promoción de los estratos más pobres de la sociedad, así lo contaba, en un libro reciente, un consultor de negocios por un mundo renovado, profesor y economista nacido en la India, C.K.Prahalad⁶.

El giro hacia la interioridad y la necesidad imperativa de un trabajo interior

Para que este cambio de consciencia tenga lugar, necesitamos desarrollar nuestra capacidad para una interioridad más auténtica. Aquí los grandes re-descubrimientos asociados al Vaticano II son preciosos recursos: la recuperación de las clásicas fuentes de espiritualidad, sobre todo la liturgia y las Escrituras, y el retorno de antiguas tradiciones de oración y contemplación, particularmente de prácticas de asimilación de la Palabra como la *Lectio divina*. La introducción de conocimientos psicológicos contemporáneos también ha jugado su parte, incluso hubo, por un tiempo, una tendencia reduccionista a equiparar la salud espiritual con la madurez psicológica.

Tenemos nuevas fuentes, por consiguiente, si queremos usarlas. El punto es si nosotros vemos la verdadera naturaleza del desafío y somos movidos a utilizar estas fuentes de un modo nuevo y en la consciencia de las luchas de nuestro tiempo. En el artículo al que me refería antes, Luigi Guccini cita a un amigo suyo, Giamberto Pegoraro, como uno que ha reconocido más claramente el reto fundamental que tenemos delante:

Yo creo que para nosotros éste es aún un tiempo para el silencio, la escucha, la reflexión. En el presente no importa lo que nosotros hagamos (continuemos haciendo lo que hacemos), sino lo que importa ahora es lo que entendemos que Dios quiere para nosotros. Es el momento, cuando “la palabra del Señor es poco frecuente” (I Sam. 3,1), de que los profetas sean movilizadas⁷.

Se observará que Pegoraro no nos está aconsejando la pasividad, ya que, aunque pareciera un tiempo de “guardar las herramientas”, no nos está invitando a ser contemplativos encerrados; él, más bien, está aconsejando una actitud, un enfoque: está sugiriendo que demos más tiempo al discernimiento que a los planes y programas, que afrontemos nuestra perplejidad ante la realidad desconcertante en la cual nos encontramos sin, inmediatamente, buscar hacer algo. Está sugiriendo que nos demos tiempo para desarrollar una nueva consciencia; y que necesariamente significa ir al interior.

Una experiencia liminar

Otro modo de mirar podría ser considerar nuestro tiempo forzándonos a entrar en lo que es conocido como experiencia liminar, la experiencia de transición o de cruzar el umbral (ese es el significado del término latino *limen*). Esta experiencia tiene tres fases:

⁶ C.K. Prahalad, *The Fortune at the Bottom of the Pyramid*. Upper Saddle River, NJ: Wharton, 2006.

⁷ Citado por Guccini en el artículo al que se refiere.

La primera fase es una separación, marcada por la crisis, la desorientación, envuelta en desconcierto, dolor, pero también ofreciendo una nueva oportunidad para encontrarse con Dios. Encontramos un ejemplo en la vida de Thomas Merton previo a su conversión. Estando en una parada de autobús, después de otra noche de una larga serie de noches de bebida, miró a los obreros que estaban en la parada.

Lo que más me deprimía de todo fue la vergüenza y la desesperación que invadió toda mi naturaleza cuando salió el sol, y todos los trabajadores estaban yendo a trabajar; hombres sanos, despiertos y tranquilos, con ojos claros, y un propósito racional ante ellos. Esta humillación y el sentido de mi propia miseria y de la inutilidad de lo que había hecho fue lo más parecido que yo pude hacer a la contrición ... Ello no probó nada, excepto que yo estaba todavía, al menos, moralmente vivo; o más bien que tenía aún alguna débil capacidad de vida moral en mí. El término "moralmente vivo" podría oscurecer el hecho de que yo estaba moralmente muerto. ¡Había sido así durante tanto tiempo!... Había, al fin, llegado a ser un verdadero hijo del mundo moderno, completamente enredado en insignificantes e inútiles preocupaciones conmigo mismo, y casi incapaz, incluso, de pensar o comprender cualquier cosa que fuera realmente importante para mis propios verdaderos intereses.

Este doloroso conocimiento negativo fue importante para Merton y, como el pasaje lo muestra claro, contenía una intuición implícita de algo más grande, sin embargo reducido: "una débil capacidad para una vida moral en mí". Él es consciente, también, de que lo que está experimentando no es puramente personal; es parte de la experiencia de su cultura.

La segunda fase implica una especie de renuncia o retiro, un movimiento hasta un estado intermedio, un "desierto" de algún modo. Aquí, el Éxodo es un poderoso símbolo, el vagar a través de una tierra sin huellas, que es una traducción mejor de *midbar* que la de "desierto" usada más comúnmente, que para nosotros tiende a evocar simplemente una zona arenosa. En cualquier caso, la caminata a través de este desierto o tierra sin huellas es una metáfora profundamente evocativa del misterio de Dios más allá de toda humana representación. Este giro liminar abre a la persona a la experiencia de interioridad y a ser, en algún sentido, atraída por el misterio de Dios. Para continuar con el camino de Thomas Merton hacia la conversión, podemos escuchar lo que dice después de entrar en una iglesia católica y escuchar el sermón.

Ahora bajaba a pie Broadway al sol, y mis ojos observaban a mi alrededor un nuevo mundo. No podía comprender qué era lo que había sucedido para sentirme tan contento, por qué estaba tan en paz, tan satisfecho con la vida porque no estaba acostumbrado al limpio gusto que llega con una gracia actual – sin duda, no había imposibilidad en el escuchar a una persona y creer tal sermón y ser justificado-, es decir, recibir gracia santificante en el alma como algo habitual, y comenzar, desde ese momento, a vivir la divina y sobrenatural vida para siempre... Todo lo que yo sé es que caminé en un nuevo mundo.

Finalmente, y ésta es la tercera fase, hay un retorno al mundo con una misión; pero este retorno no puede ser demasiado rápido. No podemos darnos a nosotros mismos una misión, ni la misión surge del cambio de ideas; no es el fruto de un taller o una sesión de estudio, tampoco es el resultado de una consulta y síntesis de un comité. Debe nacer de las profundidades del alma y como consecuencia de una honda, transformación interna. Para Merton, llegaría más tarde, mucho más tarde, algún tiempo después de que él hubiera entrado en el vientre de la ballena de Jonás, como él acostumbraba a llamar al monasterio.

¿No puede ser, quizá, que hayamos cruzado de un salto la valla entre nuestra meditación de Cristo y el intento de responder a los desafíos de nuestro mundo contemporáneo en vez de trabajar nuestro camino a través de él? Por decirlo de otra manera, ¿no puede ser que no nos hayamos permitido tocar la hondura de nuestra impotencia y desconcierto, de los cuales podría emerger una nueva dirección y podría nacer una nueva vida?

Profecía desde más allá del Rebaño

Recuerdo, en este punto, a una notable mujer cuya experiencia ha llegado a ser descubierta solamente en años recientes. Me refiero a una mujer judía nacida en Holanda, Etty Hillesum, que sirvió como trabajadora social y enfermera en el extraviado grupo de Westerbork al Este de Holanda, desde donde trenes atestados de niños pequeños, jóvenes, mujeres y hombres judíos salían, cada semana, hacia los campamentos y los hornos de gas de Auschwitz, donde en 1943 también ella perecería a su vez, a la edad de 29 años. Sus diarios y cartas recogen un asombroso camino espiritual vivido en medio de horrores deshumanizadores.

Aunque cansada del trabajo estresante del día, cada noche Etty trabajaba en su diario como en el crisol en el que -la agonía de su pueblo, su desesperación y terrible resignación, su no querer saber ni pensar en el horror que ellos no podían permitir que entrara en sus mentes, su odio por los exterminadores- todo era dolorosamente transformado por el amor. Dándose cuenta que el mal que oprimía a su pueblo estaba

también, de alguna manera, en su propio corazón, ella luchaba noche tras noche para liberarse de sus insidiosas trampas. Desde el abismo de violencia y mal en que estaba sumergida, cada día buscaba y guardaba como un tesoro algo bello, algo radiante y verdadero.

Etty, me parece a mi, es un profeta para nosotros en este difícil momento de la historia de nuestra vocación de consagrados. Hija de profetas hebreos y apasionada lectora de los santos cristianos y de los místicos, Etty sabía que el drama de su tiempo y la tragedia de su pueblo había que afrontarlos, no justamente fuera del mundo que le rodeaba, sino profundizando en su propio ser. Instintivamente, ella parecía haber alcanzado la verdad misteriosa del hondo mal del mundo; el “pecado” del mundo, de alguna manera, ha de tomarse sobre uno mismo y vencer en el propio corazón. Como dice la Carta a los Hebreos: “así como los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participo él -Jesús- de las mismas para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud” (Hb. 2, 14-15).

Es este nivel de interioridad, sugiero, el que estamos llamados a habitar, para que nuestra vocación, nuestro carisma, pueda renacer en nosotros. Por lo demás, desde luego, debemos continuar trabajando, debemos hacer todas las cosas que necesitan ser hechas, dirigir reuniones, hacer programas, administrar nuestros institutos, en un quehacer diario, cotidiano. Pero el trabajo real se hace en otro nivel, donde podemos mirar nuestras insuficiencias y nuestros fallos con firme y resuelta mirada y aceptarlos sin descorazonarnos. Allí podemos aprender sabiduría e intuir que, mientras nuestra historia aparece tan a menudo hoy como una desilusión y una mengua, Dios no está ausente de ella. Nuestro pan puede, sin duda, ser amargo y nuestra agua salobre, pero Dios puede, si damos nuestro consentimiento, hacer uso de nuestros aparentemente inútiles esfuerzos para hacer nacer algo nuevo.

Os dará el Señor pan de asedio y aguas de opresión, y después no será ya ocultado el que te enseña: con tus ojos verás al que te enseña y con tus oídos oirás detrás de ti estas palabras: “Ese es el camino, id por él” (Is. 30, 20-21)

Lo que he ido buscando en estas páginas podría describirse como un intento de identificar y articular lo que ha estado a nuestro alcance para renovar lo que ha velado nuestros ojos y hecho sordos nuestros oídos a esa voz “detrás” de nosotros. Dejádme ahora intentar tomar el argumento justamente una etapa más allá, prestando atención a nuestros votos.

El papel de los votos

El jesuita brasileño João Batista Libanio, sugirió en el Congreso que la vida religiosa no está definida por los tres votos, sino por tres elementos estructurales que son: a) una experiencia fundante de Dios; b) la vida comunitaria, c) la misión. Los votos, él insistía, no están pensados como elementos constitutivos de la vida consagrada, sino para ser entendidos en relación a estos tres elementos.

Hay mucho de verdad en lo que Libanio dice, pero haríamos mal en subestimar el poder de la dimensión de los votos en nuestra vida. Ciertamente, hemos hablado mucho sobre la pobreza, pero casi exclusivamente en términos sociales y en relación a la opción por los pobres, la inserción, etc... ¿No sería cierto decir, sin embargo, que, al menos en su interior y profunda dimensión personal, los votos han pasado muy a segundo plano en nuestra consciencia? ¿Cuándo fue la última vez que cualquiera de nosotros participó en un taller o retiro sobre los votos?

Sugeriría que podríamos, provechosamente, probar el interpretar el reto de nuestro momento presente, como he intentado articularlo aquí, a la luz de nuestros votos. Para muchos de nosotros, hoy, nuestra pobreza no es tanto material cuanto algo más radical, existencial, consistente en una impotencia que nos enfrenta contra la resistencia de la realidad –ausencia de vocaciones, viendo que la cultura nos pasa de largo siendo empujados al margen mientras otros actores toman nuestro lugar-. El reto es seguramente *descender* a nuestra pobreza, no huirla a través del desánimo o el voluntarismo; debemos permitir ser una clase de activa pasividad, una expectación profunda, una espera paciente.

Nuestro compromiso de castidad nos impele a buscar al Esposo, para oír su voz, como María Magdalena y volvernos a él, incluso agarrarnos a él hasta oírle que nos dice, “Ve, di a mis hermanos y hermanas que yo he ganado la victoria, que la vida es más fuerte que la muerte”. Necesitamos ser *enviados* desde la zarza en llamas, desde la tumba vacía, e impulsados por la misteriosa presencia del Resucitado a la mesa en la que el pan de la aflicción y la pérdida ha sido partido y fundido para ser el sano y sabroso pan de gozo y vida.

Será solamente entonces, cuando nuestros ojos hayan sido purificados por aquel fuego y nuestros corazones hayan sido cautivados por aquella voz y nuestra tristeza transformada por aquel pan roto, cuando la pasión del Señor por su pueblo residirá de verdad dentro de nosotros. Solamente será entonces cuando la

gente será tocada por el testimonio de nuestro amor, un amor que no es nuestro, sino el verdadero amor que Dios ha traído para nacer en nuestros corazones rotos. Solamente entonces será cuando nuestras palabras llevarán peso, solamente entonces nuestra presencia será una misteriosa comunicación de gozo – pacificación y fortaleza, curación, reconciliación y liberación-.

Lo que yo pienso es que estamos siendo conducidos a una nueva y más cruda, más radical experiencia de las verdaderas fuentes de nuestro carisma. Mientras lamentamos nuestras limitaciones, -sentimos angustia por nuestra incapacidad para infundir nueva vida en nuestros institutos, para volver a recuperar el encanto de nuestra vocación de un modo que pueda hablar a los corazones de los jóvenes y enardecer su idealismo-, continuamente perdemos el norte. Fallamos en la percepción de que es este verdadero sentido del fracaso, esta real impotencia, esta misma humillación, el lugar del renacimiento.

Aquí está la relevancia del Exilio, tal como fue vivido en la experiencia de Jeremías y Ezequiel. Desde el total hundimiento y desesperación nació la esperanza de un nuevo pacto. Del mismo modo, Jesús condujo a la mujer samaritana a su quebrado interior y alienación – cinco maridos – hasta que finalmente estuvo preparada para captar lo que ella realmente estaba deseando profundamente desde hacía tiempo. Esto hizo que diera a sus palabras una energía tan convincente que todos sus conciudadanos se sintieron movidos a buscar el don de Dios, incluso desde un odiado judío. Descubrieron, entonces, el pozo de agua viva dentro de ellos mismos: “Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn. 4, 42)

5. Conclusión

Aparte de cualquier otra cosa más que pueda ser, el nuestro es, ciertamente, tiempo de poda; un tiempo para cortar muchas ramas que ya no dan fruto. Es el tiempo de repetidos intentos para re-inventar, pero sobre todo, de re-vitalizar nuestro modo de vida, un tiempo de prueba y error, de hacer esbozo tras esbozo de planes de renovación, solamente para descartar uno tras otro. Es, más decididamente, tiempo de perder, un tiempo aparentemente caótico, nuestros esfuerzos tan a menudo no decisivos y fragmentarios.

¿Será aún el tiempo de un nuevo y transformador encuentro con Cristo? ¿Será un tiempo en el que Dios sea, como fuera, re-nacido en nuestros corazones? Esto, sugiero, es la cuestión en última instancia importante, al final la sola cuestión que realmente importa.

Asamblea General Compañía de María
Julio 2006